

COMENTARIO EDITORIAL
Vol. 29. No. 2 Abril-Junio 2006
pp 68-69

Comentario a la presentación del libro “Dolor por especialidades”, del Dr. Uriah Guevara López

Dr. Rafael Segovia-Canosa*

* Doctor en Filosofía, Historiador, Profesor
Emérito del Colegio de México.

Nunca he sido dominado por el atrevimiento. Antes bien, soy de naturaleza tímida y apocada; quizás por eso en este momento me sigo preguntando por qué acepté la invitación del Dr. Guevara para acompañarle en esta ocasión, cuando presenta una obra de una importancia que me supera en un grado tal que no sé ni por dónde empezar a excusarme. Se trata, ustedes lo saben mucho mejor que yo, de una colección de estudios sobre el dolor, que él ha coordinado y ordenado, para ofrecerlos a un público de especialistas.

El tema se antoja imposible para un profano, para un lego absoluto en la materia, por tratarse en este caso de un problema médico, lo que exige desde el primer momento una serie de conocimientos sin los cuales la comprensión del tema se niega para el profano. No nos queda, a los ignorantes de ese mundo, sino decirnos que el dolor es algo que va mucho más allá de las ciencias médicas en particular y de la ciencia en general. En ese sentido encontramos un refugio y una justificación para nuestro desconocimiento al situarnos al margen de los sabios del tema, al hablar de un dolor del que empezaremos por decir que no sabemos qué es, que como todos los humanos no podemos definirlo y nos debemos resignar a padecerlo, con las ayudas y paliativos que nos puede ofrecer la medicina. Intentaremos hablar de él como de tantas cosas ignoradas aunque presentes, inevitables y sin embargo indefinidas.

En los cursos de filosofía seguidos en la preparatoria o en la facultad, nos enseñaron cómo las cosas todas se definen por género próximo y diferencia específica. Empezando por el ejemplo más pedestre diremos que una silla es un mueble (género próximo) que tiene cuatro patas (diferencia específica), o que tiene un respaldo, no todos los muebles lo tienen, o un asiento que tampoco

encontramos en todos los muebles. Así, poco a poco, vamos definiendo nuestro mundo, el que conocemos y el que desconocemos. Un médico, un anatómico, nos dirá que el etmoides es un hueso, situado en la parte anterior y media del cráneo, lo que será para él una definición perfecta por su precisión, su economía, dos cosas que juntas se caracterizan por crear una elegancia por así decirlo insuperable. Una elegancia que sólo encontraremos en la ciencia y en algunos casos en la poesía. No siempre, porque tanto en la ciencia como en la poesía nos hallamos cuando menos lo esperamos con barreras infranqueables. Lo que experimentamos todos los días, lo que sentimos constantemente y resulta intransferible, el dolor, del que hablamos ahora y ustedes constantemente, o el amor, tema de la inmensa mayoría de los humanos, se van a encontrar con las mismas dificultades: podemos sentirlos, experimentarlos –aunque la palabra me parece injusta e inexacta–, vivirlos. Podríamos seguir añadiendo verbos pero tenemos presente la imposibilidad de definirlos, de darlos a conocer al otro por no haber una convención humana capaz de transmitir su plenitud. Hablaremos pues de ellos por analogía, incluso por la metáfora o la imagen, con plena seguridad de estar dando vueltas sin acertar con lo que queremos decir al otro.

Encontramos un ejemplo perfecto en un soneto de Lope de Vega,

Desmayarse, atreverse, estar furioso, áspero, tierno, liberal, esquivo, alentado, mortal, difunto, vivo, leal, traidor, cobarde y animoso;

no hallar fuera del bien centro y reposo, mostrarse alegre, triste, humilde, altivo, enojado, valiente, fugitivo, satis-

fecho, ofendido, receloso:

huir el rostro al claro desengaño, beber veneno por licor suave, olvidar el provecho, amar el daño; creer que un cielo en un infierno cabe, dar la vida y el alma a un desengaño, esto es amor, quien lo probó lo sabe

Como puede oírse o leerse en nuestro poeta, el amor como el dolor no tiene definición. Tiene tantos verbos que ninguno lo engloba y define: no tiene ni género próximo ni diferencia específica. Hablamos de ellos por analogía, insinuamos, tratamos de transmitir algo indefinido que sólo puede darnos a conocer una experiencia individual: sólo quien lo probó lo sabe. Todo el mundo lo sabe, todos en algún momento de nuestra vida hemos pasado por la experiencia del dolor y por la del amor.

Dentro de esta experiencia intransferible queda encerrado el paciente y también el médico, quien sabe que entre ellos media el dolor al cual el médico debe asistir para paliarlo en la medida de lo posible, de sus posibilidades y las de la ciencia. Los adelantos, pese al escepticismo y la desesperación del enfermo han sido inmensos: los observamos al referirnos no a la lectura específica sobre el tema, sólo comprensible para los profesionales pese a las indefiniciones, sino a la lectura de los profanos: a veces hombres de genio. Los escritos literarios sobre el dolor son escasos. Nos encontramos con un pudor, con una reserva que incluso frente al médico se mantiene. Éste es el primero en saber que el paciente, el hombre que sufre se siente en cierta manera culpable del mal que lo aqueja. Son raros los momentos en que nos encontramos frente a una auténtica rebelión. Los podemos leer en los poemas de Jane Cave Winscom, publicados en Inglaterra en los años 1790. Su interés radica en la descripción intentada de su dolor, conseguida, si así quiere considerarse, en un plano narrativo que termina en insultos contra quienes intentan aliviarlos pese a los raros momentos en que los tratamientos tenían un éxito siempre limitado en el tiempo. Vendrá un siglo XIX donde los avances serán impresionantes si comparamos el estado de la medicina a principios de ese siglo y la medicina a fines del mismo. Para el hombre común y corriente, el sufrir una intervención quirúrgica con o sin anestesia, es todo o casi todo. Pero mientras esto llegaba los padecimientos seguían siendo intolerables. Algunos relatos nos han llegado.

Uno de los más impresionantes, tanto que en algunos momentos la lectura se hace insoportable se lo debemos a un escritor francés, escritor menor según sus contemporáneos, Alphonse Daudet, víctima junto con millares o quizás millones de hombres y mujeres que vivieron en los mismos años y padecieron uno de los azotes más terribles de aquellos siglos, la sífilis, que contrajo a los 17 años.

No escribe un libro, sino que va dejando notas aquí y allá, publicadas después de su muerte. Estamos otra vez ante el invencible pudor del enfermo. Eso nos quita el valor de sus descripciones y de su trato con quien fue considerado el genio supremo de la neurología, Charcot.

Cuando después de intentos tan infructuosos como inútiles, Charcot le anuncia que está perdido, que morirá pronto, la rebelión se produce manteniéndola dentro de los límites del pudor y en la medida de lo posible de la elegancia. Sigue dejando notas, apuntes, ideas, impresiones, sobre el sufrimiento, que no publica en vida. Después de su fallecimiento se dan a conocer y nos encontramos con el hombre del sufrimiento, del dolor y de la lucidez, cuando el dolor se lo permite: "No hay una idea general sobre el dolor. Cada paciente se hace la suya y el mal varía, como la voz del cantor, según la acústica de la sala". "Dolor siempre nuevo para quien lo padece y que se trivializa para los del entorno. Todos se acostumbran, menos yo".

Llega un momento en que cree no poder más: "Lo que sufrí ayer por la noche. ¡El talón y las costillas! La tortura... no hay palabras para traducir esto, se necesitarían gritos.

Para empezar ¿para qué sirven las palabras, para todo lo que en verdad se siente en el dolor (como en la pasión)? Llegan cuando se ha terminado, apaciguado. Hablan de recuerdos, impotentes o mentirosas".

Sabemos hoy día que mal que bien, el dolor en cierta manera se ha logrado controlar, disminuir, si no se ha podido eliminar de manera radical. Y ha cambiado la actitud del médico ante el dolor. Hace cincuenta años todavía el médico aceptaba el dolor como algo necesario, no se escandalizaba ante él, ahí estaba y había que vivir con él, soportarlo. Los alcances en esta lucha han sido inmensos, no lo que se desea, pero si comparamos al dolor padecido por Daudet con los de hoy, llegamos a la conclusión de que no hay punto de comparación, como se puede advertir en el libro publicado por el Dr. Guevara. Las terapias utilizadas en aquella época, hoy se nos antojan indignantes, enemigas incluso de la medicina y de la ciencia de aquel momento. Fue la experimentación gratuita, en nombre de unos avances hasta que se replanteó de manera radical los principios morales de las experiencias.

Habría otros muchos temas a los que aludir, pero por fortuna ajenos a la medicina, así hayamos visto el siglo pasado casos de salvajismo humano llevados a cabo en nombre de la ciencia. Y en nuestro siglo hemos visto la utilización de la tortura y su justificación por el país más avanzado del mundo. El dolor convertido, pues, en algo útil por razones políticas. Por fortuna no es nuestra materia, su materia, sino la que podríamos llamar opuesta: la lucha contra el dolor siempre digna, siempre humana, siempre limpia.